



Editorial a cargo de Lucia Herrera Torres, miembro del Instituto de Migraciones y Profesora Titular de Psicología Evolutiva y de la Educación, en el Campus de Melilla, Universidad de Granada

Una mirada hacia los menores extranjeros no acompañados desde la perspectiva psicológica

Las ciudades autónomas de Ceuta y Melilla, por su condición de ciudades fronterizas con Marruecos, han vivido durante mucho tiempo el fenómeno de las migraciones de los Menores Extranjeros no Acompañados mucho antes que en el resto del territorio español, constituyéndose en el lugar de paso hacia donde los menores desean ir (principalmente otras ciudades españolas situadas en la península o de Europa). No obstante, el impacto en los medios de comunicación y el uso político de esta realidad ha generado en la sociedad diferentes actitudes, estereotipos y prejuicios hacia los mismos.

Si bien es cierto que los procesos migratorios en la actualidad en estas ciudades, especialmente desde el cierre de las fronteras con Marruecos derivado de la pandemia, y posteriormente apertura con unas determinadas características más restrictivas, han cambiado, mostrándose en la actualidad un alto número de personas y familias de países latinoamericanos, especialmente en los Centros de Estancia Temporal de Inmigrantes (CETI), es importante atender a las principales características del proceso migratorio así como consecuencias psicológicas y emocionales en los menores.

Estos menores requieren de una atención a sus necesidades desde diferentes ámbitos profesionales (educación, servicios sociales, sistemas de protección, servicios sanitarios, etc.). Entre dichas necesidades se pueden citar, por ejemplo, las siguientes: formación educativa y formación ocupacional; inserción laboral; conocimiento de la lengua y cultura receptora; habilidades sociales y autonomía; respuesta a problemas psicológicos, de consumo...; gestión de la documentación; inserción social en la comunidad de acogida, etc.

Su perfil suele ser el de varones, procedentes de familias numerosas, con un bajo nivel educativo y predominantemente de origen marroquí. La conexión con Europa es un factor decisivo para el inicio del viaje migratorio. En este sentido, en el grupo de iguales y la familia existe un imaginario social y mito europeo. Asimismo, es de destacar la importancia de las redes sociales para establecer esa conexión con otros menores que ya han realizado el camino migratorio.

Entre las principales razones que llevan a migrar se identifican las económicas, también la presencia de abuso físico y violencia doméstica, familias desestructuradas, etc. Dentro de las motivaciones vinculadas al contexto socio-familiar se pueden encontrar tres tipologías diferentes sobre las causas de la migración: menores cuyo proyecto migratorio se adscribe a una estrategia familiar (de hecho, la migración puede ser consensuada con la familia o esta última puede que se entere una vez cruzada la

frontera), menores que han asumido el proyecto migratorio de manera individual para escapar de una situación socioeconómica familiar precaria así como menores que ya habían hecho de la calle su modo de vida en el país de origen.

Desde que se toma la decisión, tiene lugar un cambio vital relevante y complejo de desestabilización, acompañado de la oportunidad, pero también de la pérdida de lo que se deja. Sumado a ello, se pueden producir situaciones de riesgo para cruzar a territorio español (clandestinidad, peligrosidad, “risky”, fuerte impacto a nivel emocional...). El tiempo de espera se convierte en momentos de incertidumbre y ansiedad, pero además muchas veces constituye una realidad acompañada de violencia, consumo de sustancias y deterioro psicofísico.

En la llegada del menor a las ciudades de Ceuta o Melilla se produce un proceso psicopatológico: se pasa de la euforia por haber llegado a la angustia, desarraigo, sentimientos de nostalgia (familia, cultura...). Sumado a ello, tiene lugar un choque entre las expectativas creadas (documentación, dinero, trabajo, etc.) y la realidad (centros de menores, dificultades para una estabilidad administrativa, material y emocional). La invisibilidad y, en determinadas ocasiones, deshumanización de los menores por parte de la sociedad receptora, carecer de unos referentes adultos estables y de una red de apoyo social dificulta la existencia de un seguimiento permanente y de relaciones afectivas seguras.

Al migrar, a veces por el fallecimiento, abandono o enfermedad del padre, se hacen responsables del bienestar de su familia en Marruecos. Esto hace que, bajo la presión del éxito y la responsabilidad familiar, les mientan sobre su situación real (situación de calle, precariedad documental y jurídica, etc.) y/o a hacer cualquier cosa por enviar dinero a casa. Los desajustes en las relaciones familiares, los sentimientos de culpa, responsabilidad, rabia y apego, la presión de las mentiras y del éxito afectan de forma importante la estabilidad emocional.

La descripción de este proceso migratorio permite identificar diferentes consecuencias o características psicosociales de los menores. No son necesariamente patologías, a veces consecuencias normales ante situaciones anormales y entre ellas se pueden citar: 1. Síntomas depresivos (tristeza, llanto, bajos niveles de autoestima, sentimiento de culpa, de frustración y fracaso, apatía, tendencia al aislamiento, ideas de muerte). 2. Estado de ansiedad (tensión, nerviosismo, preocupaciones excesivas y recurrentes, ira). 3. Somatizaciones (insomnio, cefalea, irritabilidad, cansancio). 4. Síndromes confusionales (fallos de la memoria, de la atención, sentirse perdidos, desorientación temporal y espacial, incapacidad para priorizar). 5. Vivencias de culpa y vergüenza (sentimiento de haber fallado a su familia, por mentir a sus familiares y amigos al no haber alcanzado lo que esperaba, etc.). 6. Impacto en el sistema de creencias básicas (falta de autoestima en sí mismos y creencia de no ser dignos de respeto; falta de confianza en los demás; el mundo percibido como un lugar inseguro y hostil).

La respuesta ante este fenómeno ha de estar vinculada al contexto, es decir, ha de ser integral, analizando las raíces de los problemas, los cuales que son multicausales y multifactoriales. Así, por un lado, se ha de desarrollar una intervención individualizada (partiendo de su historia personal, necesidades, debilidades, fortalezas, deseos, etc.), junto con un proceso de acompañamiento donde el profesional muestre confianza, empatía, disponibilidad, escucha, comprensión, etc. (constituya un referente adulto estable, tejido social de apoyo). En segundo lugar, es necesario implementar diversas actividades en la sociedad en la que se inserta el menor que promuevan el acercamiento y el conocimiento de estos jóvenes y de sus historias entre la ciudadanía,

en aras de tratar de modificar los estereotipos que recaen sobre el colectivo y fomentar la integración, la aceptación y el conocimiento mutuo.